



Música y Pedagogía

revista
Educación
y Pedagogía

El maestro y la enseñanza de la música

*Darío Rojas**

Franz Liszt, el pianista virtuoso y excelente compositor húngaro, enviaba a sus malos alumnos de piano a estudiar al conservatorio.

A pesar del corte humorístico de la anécdota, la paradoja que plantea invita a reflexionar sobre asuntos relacionados con la academia y los procesos de enseñanza, y sobre las relaciones entre el maestro y el discípulo.

Los maestros de la Edad Media y el Renacimiento eran especialistas que recibían aprendices y compartían con ellos no sólo las actividades propias del oficio, sino también -y durante largos períodos- la vida cotidiana. Daban formación integral al discípulo en matemáticas, filosofía y música.

* Profesor Facultad de Artes, Universidad de Antioquia

Esta relación cotidiana, prolongada e íntima permitía que el maestro, aún sin proponérselo, transmitiera posiciones éticas y estéticas no como temas para ser aprendidos, sino como actitudes frente a la vida. El maestro era un ejemplo que el alumno observaba cada día, y todos los elementos del aprendizaje hacían parte de un todo coherente. Debido a la necesidad de popularizar, o al menos de colectivizar la enseñanza, aparece la academia, casi siempre alrededor de la iglesia o de las cortes de la nobleza.

Dando grandes saltos, podríamos afirmar que por alguna razón, en la academia podían (y pueden) tener cabida estudiantes de mediano rendimiento o pocas capacidades.

Esta "alguna razón" creo que se refiere a los criterios de selección de los aspirantes, criterio siempre determinado por los objetivos que se persiguen, o por razones económicas, o políticas, o socio-culturales, etc..

Es probable que consideraciones como ésta le permitieran a Liszt y a otros, deshacerse de sus malos alumnos y acomodárselos al conservatorio.

Esta introducción no ha de servirnos para proscribir la academia, sino para que la pensemos y la construyamos haciendo de ella esa institución que la sociedad contemporánea necesita.

Para empezar, la academia no son los profesores, ni los estudiantes, ni el local que ocupa, ni los recursos con que cuenta, sino el concurso de todos estos elementos, concertados por medio de gestiones administrativas.

Las estrategias administrativas tienen enorme incidencia en los resultados de la actividad académica.

Cuando la administración no se entiende como el instrumento para que lo académico transcurra con fluidez, se convierte en un fin en sí misma y produce acciones burocratizantes y deterioro en la labor del pensamiento, propia de la academia.

En cuanto a lo académico, concretamente referido a las academias de disciplinas artísticas, confundimos frecuentemente dos aspectos propios de su actuar: El aprendizaje y la creación.

Esta confusión produce resultados si no nefastos, por lo menos negativos.

La academia acumula en su seno el saber cada vez mayor de la humanidad. Lo acumula, lo utiliza y algunas veces, hasta lo aumenta. Al final acaba por proyectarlo hacia el futuro por medio de sus producciones.

¿Qué enseña la academia?

¿Qué puede aprenderse en ella?

La academia suministra medios técnicos, estrategias para su manipulación, propone un repertorio coherente de problemas y sus posibles soluciones, elementos estos que constituyen el oficio: ¿Cómo enlazar unos acordes?, ¿Cómo escribir una melodía?, ¿Cómo construir una forma musical?...

En cuanto a la creación, la academia no puede aportarle nada al estudiante. Ni medios, ni procedimientos, ni estilos, ni técnicas, porque es eso justamente lo que él ha de hacer: crear e inventar aun a costa de lo aprendido.

Un ejercicio de armonía es eso: un ejercicio, y como tal tiene objetivos concretos y limitados como pueden ser el tratamiento de la melodía, la conducción del bajo, o el enlace de los acordes.

Si el ejercicio está bien hecho, suena bien. Siempre ocurre. Pero por bien que suene o por complejo que sea, no deja de ser un ejercicio y no puede elevarse a la categoría de obra de arte.

Los objetivos de una obra de arte -si los tiene-, no pueden ser los mismos de un ejercicio musical, teatral o plástico.

Tal vez el pintor pinta un cuadro para la exposición de la semana entrante, o el músico escribe la partitura que le fue encargada, pero si no

hubiera exposición o encargo, músico y pintor igualmente harán su cuadro y su partitura. No ocurre así con los ejercicios.

La ocurrencia frecuente de un hecho acaba por normativizarlo, por incrustarlo en el territorio de lo establecido, así el hecho esté viciado de nulidad por una razón u otra.

La reiterada confusión en cuanto a las posibilidades de la academia respecto del aprendizaje y la creación, ha generado una nueva modalidad del ejercicio profesional que podríamos llamar "profesionalización prematura", que consiste en que personas con incipiente desarrollo técnico en su área específica ya se desempeñan profesionalmente.

Ocurre en nuestro medio sobre todo con músicos y teatreros, que ante unos pesos por su trabajo ven tempranamente abortado su período de formación y desarrollo.

El análisis de este fenómeno no es simple y no puede reducirse a decir que no comprendemos la dualidad aprendizaje-creación en la academia.

Tendríamos que considerar desde factores económicos de nuestros estudiantes de artes, hasta carencias de políticas culturales en el medio, pasando por reales impulsos creativos de dichos estudiantes, sin olvidar el papel que desempeñan los profesores en este proceso cultural.

Nuestra sociedad consume espectáculos como consume conos. Lamentablemente, el criterio para evaluar un espectáculo o una obra artística no es tan claro y palpable como aquel que permite decir si los conos están buenos o no.

Son muchos los teatreros profesionales que pueden contarnos la historia de aquella llamada de un centro comercial solicitando un espectáculo, y ante el precio pedido, la respuesta es "no, porque conocemos otros que hacen 'lo mismo' por menos de la mitad". Se aplican al teatro los criterios comerciales propios de los conos.

Debemos aceptar que la profesionalización prematura tiene consecuencias gremiales, profesionales y laborales, además de aquellas no menos

importantes referentes a lo puramente artístico y cultural. Además, tiene implicaciones éticas.

Regresando a la creación en la academia, podemos preguntarnos en qué momento estará el estudiante "autorizado" para asumirla.

Como está anotado, existe primero una suma de medios técnicos que hay que dominar, un repertorio de adecuaciones que hay que manejar con soltura, de manera que no se presenten obstáculos materiales. Es el artesanado, el oficio que consiste en conocer y manipular el material que se emplea: el sonido, el color, el espacio...

Este saber es necesario tanto para aquellos estudiantes que pretenden ser creadores como para aquellos que no.

Pero aquellos que quieren crear deben ir más lejos, y la colaboración de la academia o del maestro puede ser en el sentido de inducirlos a "escucharse a sí mismos".

Este escucharse a sí mismo va ligado con el desentrañamiento de técnicas y estéticas nuevas, a enfrentar la historia armada del conjunto de recursos técnicos y valores estéticos adquiridos.

En este punto, el maestro debe declararse impotente para dirigir a su discípulo, y asumirlo como otro de sus contemporáneos, enfrentados ambos a los mismos procesos históricos y sociales, a los cuales han de responder desde sus propias e individuales perspectivas creadoras.

